

más. De momento, hay que subir durante más de hora y media por una carretera en obras. Los mapas son fotocopias en blanco y negro. Como en estas condiciones todo el monte es orgasma, viene el desenfreno: buscamos el camino más corto, en dirección a Alobras; la carretera desciende y nos presentamos allí en un periquete. El problema viene ahora, el asfalto se acaba y el mundo también: si queremos volver a la carretera tenemos que cruzar una montaña

subiendo por una pista de tierra. Algunos trozos hay que hacerlos a pie, se termina el agua, es media mañana, calurosa, y no hemos almorzado. Cuando al fin, después de una dura penitencia, enlazamos con la carretera embreada, descubrimos que El Cañigral, el primer hito de nuestra esperanza, es un pueblo abandonado. Tragamos lágrimas de limón: hemos entrado en la España profunda y sólo la abandonaremos esporádicamente.

El pueblo siguiente es Arroyofrío. A la entrada un hombre y dos mujeres hablan sentados en un poyo. Estamos salvados, hay vida. Nos acercamos a una fuente que se ofrece a la vista y al oído allí mismo y rápidamente se acerca el viejo en busca de conversación. En cinco minutos nos describe el panorama. En invierno no viven aquí más que él, su mujer y un hijo. Tienen ovejas y este año cayó metro y medio de nieve que resistió diez días. Ellos hicieron una senda hasta la nave donde encierran el ganado, pero a la carretera no llegaban, y eso que pasa a menos de cincuenta metros. Pedimos información más urgente y práctica: ¿habría por aquí algún sitio donde echarse un bocadillo al estómago? Eso es más complicado. Por lo que se ve, a la penitencia tendremos que añadirle el ayuno: estamos ganando el cielo. En vista de las circunstancias esperaremos a la hora de comer y nos desquitaremos.

Torres de Albarracín ya es un pueblo que suena. Llegamos y buscamos un restaurante, pero esos lujos quedan reservados a Albarracín. No hay sino un bar, y el menú al que podemos aspirar es un plato más o menos combinado, más bien menos que más. ¡Que le vamos a hacer!

Al atardecer descabalgamos en Orihuela del Tremedal, pueblo turístico, con varios sitios para albergarse. Elegimos un hotel con buena apariencia, pero también aquí cuecen habas. El precio del hotel no es tan exiguo como para pensar que nos iban a jugar una mala pasada. Después de una ducha reparadora, salimos a dar una vuelta y cenar algo. No nos retrasamos tanto, pues a las once y media ya estábamos de retirada. Desde lejos observamos que no se ven luces y uno de los dos comen-



Concierto de Ars Torga. Fiesta de la Amistad, 2 de agosto de 1998

ta: “¿no estará la puerta cerrada?”. Los dos pensamos: “no puede ser”. Pues era. Nos hartamos de tocar a un timbre y aporrear la puerta hasta que al fin, la única persona encargada del hospedaje se asomó en camión a una ventana y se dignó abrirnos. ¿No era éste un pueblo turístico? Sin duda, estamos en la España profunda. A la mañana siguiente la mujer a la que habíamos rescatado del sueño nos invitó a un café con leche de desagravio, y aún menos mal, como el lector podrá comprobar en seguida.

Etape reina para destronados; ¿o tronados? El día amanece espléndido; el desayuno ha sido frugal (luego almorzaremos); las primeras pedaladas, como siempre, esforzadas para subir las primeras cuestas; pero luego el camino es una delicia: comienza el descenso, con un pequeño río cantarín a la izquierda, rocas tapizadas con líquenes verdeamarillos a la derecha, la brisa matinal en su punto justo. ¡Ay, pero qué poco dura lo bueno! Un buen trago de agua en Orea y a sudarla subiendo a Chequilla. Si hubiéramos sido un poco agoreros, hubiéramos interpretado las señales que nos anunciaban que los momentos felices del día tocaban a su fin.

Poco antes del desvío hacia Chequilla, a la salida de Checa, a nuestra derecha se levantaba una serrería custodiada por un perro que ladraba desahogado. Estaba atado con una cadena y se desplazaba en un recorrido de pocos metros. Cuando llegamos a su altura emprendió una carrera tan rápida que yo, que iba delante, apreté el culo sobre el sillín, y tan ciega era mi marcha que no vi el desvío que había de coger. Alfonso, que me seguía, no entendía mis prisas y me gritaba: “¿dónde vas?”. Él estaba mejor informado: la cadena no se había roto, como yo sospechaba, sino que estaba unida mediante una argolla a un alambre que abarcaba toda la fachada. Por alguna razón había estado trabada y cuando pasamos nosotros se liberó y el perro pudo ampliar su recorrido. Yo no había visto el detalle y Alfonso explotó la broma durante un rato, diciendo que ya estábamos preparados para ir a la Vuelta a España. Por si servía de algo, le recordé que el récord lo mantenía él desde el verano

anterior en Valdelugeros, y aquello no era ninguna broma que el que nos perseguía era un mastín. Menos mal que íbamos cuesta abajo.

Chequilla es uno de esos lugares escondidos que te sorprenden y que pueden pasar desapercibidos si no los conoces. A la entrada del pueblo y por entre las casas, surgen unas rocas enormes con formas caprichosas que evocan a la Ciudad Encantada de Cuenca, pero con el atractivo añadido de que están en medio del pueblo. Son como invitados inmóviles que conocen la vida de sus vecinos. ¿O son éstos los invitados? A uno de ellos le preguntamos por la pista que conduce a Peralejos de las Truchas. Su información, unida al recuerdo de Alobras del día anterior nos asusta y damos marcha atrás, en busca de la carretera.

El sol ya caliente y el camino se empina. Por suerte, el estómago va vacío y no gastamos energías en hacer digestiones. Consultamos el mapa y vemos que podemos almorzar en Terzaga. Aunque lleguemos algo tarde merecerá la pena: en el mapa viene con letras destacadas. Un nuevo esfuerzo y el pueblo asoma majestuoso: iglesia sólida, casa de cierta nobleza frente a ella (la del cura); pero no hay gente por la calle. Al fin encontramos a una señora, de la tercera edad por lo menos, y le preguntamos por el bar. “Venir conmigo”, nos dice. “El bar no es mío, pero como si lo fuera”. ¿Qué habrá querido decir? La seguimos sumisos y obedientes. Abre la puerta de una casa vieja, aunque arreglada. Entramos y le pedimos una cerveza. Al fin se acaban nuestras penurias. Le preguntamos de qué nos puede hacer un bocadillo; nos mira sorprendida y nos dice que sólo tiene unas latas de mejillones en escabeche. Es lo que nosotros necesitamos para combatir los calores y la sed, pero ¿qué otra alternativa nos queda? Le decimos que bien, que nos los prepare. Otra vez nos mira como a bichos raros antes de decir que hay un pequeño problema: no tiene pan. ¡Mecagüen...! Esto ya no es la España profunda, es el acabose. No obstante reacciona y dice que en casa tiene una barra de pan que no necesita, pues luego vendrá el panadero de Molina y le cogerá otra. “No se preocupe, señora”. Sin preocuparse se acerca a casa y nos presenta la barra, ya encetada y un poco revenida, pero no tanto que no valga para emparar el aceite avinagrado de los mejillones. Otra cerveca para hacer la digestión y ya podemos ponernos en marcha. Todo esto acompañado de la cháchara de Clara, que así se llama la señora. El pueblo fue grande, nos informa, pero ahora quedan sólo ocho personas: cinco hombres y tres mujeres. Son todos de la familia. Ella misma tiene tres hermanos que son los únicos que van al bar; que no es tal sino una especie de local social instalado en las viejas escuelas. Los gastos los paga la Junta de Castilla-La Mancha. Hasta hace un año le pagaban también la luz pero los clientes (sus hermanos) protestaron, y ahora la paga ella. Les dijo que a partir de entonces tendrían que marchar a la cama antes. ¿Ha sido así? Cuando la luz era gratis se iban a las doce; desde que la paga ella se quedan a ver películas hasta las dos o las tres de la mañana. La buena señora tiene ganas de hablar y nosotros no tenemos demasiada prisa. Nos quiere agradecer y nos pregunta si queremos café. Por supuesto, aunque no vemos la cafetera por ningún lado. Otra

& ¿Pero no habrá nadie que nos deje dormir en cualquier rincón? La callada por respuesta.

vez va a su casa y nos trae una cafetera llena. Más conversación, con ella y con su marido, que, con el permiso del ama, nos informa de los caminos que queremos seguir a lo largo del día. Nos despedimos y nos lanzamos a quemar las calorías de más que nos han aportado los mejillones.

El sol nos observa desde lo más alto del cielo y los rayos que lanza caen sin piedad sobre nosotros. La carretera que cogemos en el desvío hacia Taravilla parece envidiarlo y también asciende inclemente. Llevamos la idea de visitar la laguna de Taravilla pero al llegar al pueblo homónimo la dejamos para mejor ocasión. Ahora bajamos hasta el río Cabrillas por un camino tortuoso, volvemos a subir y a bajar al Tajo. Sudamos hasta la última gota del jugo de los mejillones y para salir del río los desniveles son tan fuertes y las reservas tan escasas que echamos pie a tierra. Se hace tarde y el único pueblo donde podremos repostar es Peñalén. Allí llegamos cuando la gente está ya tomando café y jugando la partida. Negociamos con la dueña del bar el menú y, ¡oh, sorpresa! no hay nada para comer. Pero todo se arreglará, su madre tiene una tienda y vamos a hacer la compra: una barra de pan, unos tomates, un

poco de queso y fruta. En el bar nos darán la bebida y nos dejarán una mesa. ¡Qué generosos! Si quisimos hacer una ensalada con los tomates tuvimos que comprar hasta el aceite. La camarera nos los partió en un plato y nos dio unos palillos para que los comiéramos. ¿Habrá otro

lugar en España, por profundo que sea, donde se reúna la gente a comer y beber algo que carezca de unos tristes tenedores? La sobremesa fue amena, pero se nos acercó el pelma de Alipio, que debía de ser el cacique del pueblo, cartero retirado, alcalde jubilado, dueño de la tienda y dominador en activo del bar, como padre que era de su propietaria, y nos estuvo inoculando una buena dosis de desánimo; pero nosotros somos inmunes al desaliento.

Quedaba aún bastante *yera* por delante y emprendimos camino, siempre ascendente al principio, en busca del Tajo, otra vez. Y para no ser prolijo, diré que bajamos al río, nos bañamos a medias y de nuevo carretera adelante (perdón, empinada pista de tierra y piedras) hasta Riba de Saelices, donde llegamos con las últimas luces después de haber amparado todos los rayos del sol sobre nuestras débiles costillas. Llegamos deshechos, nos merecíamos un buen descanso, pero aún teníamos reservada la guinda para cerrar tan gloriosa jornada.

Según los papeles que nos habían guiado hasta allí, el alojamiento estaba asegurado. Visitamos un bar, hacemos las primeras indagaciones y resultan negativas. Vamos a otro más concurrido y nos aseguran que estamos “muy mal equivocados”. Lo único que nos queda es buscar a Justo el de la Vence, que a veces da cama a algún desesperado como nosotros. Nos acercamos a su casa, lo buscamos por todo el pueblo, pero nadie sabe de él. Por lo visto, tiene un comportamiento un tanto extraño. “Puede estar regando el huerto”. “A lo mejor se ha ido a Zaragoza, a ver a su mujer”. Son más de las once y Justo no llega. Los vecinos creen que no está en el pueblo. ¿Pero no habrá nadie que nos deje dormir en cualquier rincón? La calla-

da por respuesta. Después de una última visita a la casa de Justo, pedimos la guía de teléfonos en el bar: en Saelices hay un taxista que a veces engancha un remolque al coche. Si hablamos con él nos podrá llevar a nosotros y a nuestras monturas hasta Alcolea o Maranchón. Con el teléfono ya en la mano, el camarero nos llama: ha aparecido el ángel de la guarda. Se llama Alfonso, como mi compañero de fatigas. Está al frente de dos cuadrillas que se dedican a cortar pinos y una de ellas se acaba de ir a Burgos. Tiene una casa vieja vacía, con camas, aunque sin sábanas. Además tiene agua caliente y todo. ¿Nos gusta la oferta? Al precio que sea. “Yo soy extremeño y sé lo que es una situación así. Hoy por vosotros, mañana por mí. ¿Cómo os voy a cobrar?”. Lo invitamos a cenar y se conformó con una cerveza. Nos acompañó, nos trajo sábanas de su casa y dormimos como angelitos, aunque por la noche nos sobresaltábamos como si saliéramos de una pesadilla. ¿Habríamos sufrido tanto durante todo el día para descubrir que aún quedan ángeles protectores en medio de este mundo de demonios?

YA ESTÁ BIEN.- Tras una etapa tan agotadora me he quedado sin resuello y sin espacio para seguir escribiendo. A modo de conclusión, diré que a la mañana siguiente una cálida voz nos sacó de nuestros sueños o pesadillas:

*Cata que amanece
y no has partido.
Ya los gallos cantan
en el ejido.*

Demasiado delicada era esta canción para sonar realmente en nuestros oídos. Más bien el sonido monótono y desagradable que nos acompañó siempre fue el de las cigarras, que se desgañitaban desde los primeros rayos del sol hasta el ocaso. Y nosotros estábamos condenados a escucharlas a todas. Creo que aprendimos a distinguir los tonos de su canto: grave y tímido en la Ribera del Duero, raquíptico y chillón en Tierra de Campos, nervioso y recio en los páramos sorianos, seco y cortante por el alto Turia...

Así pasaron las siguientes jornadas. Al entrar en Castilla decía Alfonso que algo mejoraríamos. No sé si fue así, pues algunas penurias nos esperaban aún; pero los lugares visitados: Gormaz, la ermita de S. Baudelio, la de S. Bartolomé en medio del río Lobos, Burgo de Osma, Berlanga, Ampudia, Caleruega... ofrecían tal encanto o impresión que desmentían el refrán: “los duelos con pan son menos”. El ayuno prácticamente había acabado, aunque días hubo en que la comida se hizo esperar más de lo deseado.

Para dejar buen sabor de boca, recordaré la cara de felicidad que a buen seguro pusimos en Dueñas, ya en Palencia, cuando pudimos al fin meter la escudilla a nuestro sabor en una cumplida perola de alubias pintas que estaba esperándonos. Claro que el último día tampoco lo hicimos mal en un bar de La Bañeza, a base de callos, pulpo, oreja de *cocho* y otras lindezas parecidas. Prácticamente estábamos en casa y había que celebrarlo. A Alfonso aún le quedaban unos cuantos kmts. hasta Lucillo y tenía que reponer fuerzas.

Tengo la convicción de que por este año hemos cumplido sobradamente la penitencia. Dios nos dé salud para cometer algún pecadillo y fuerza para poder expiarlo el año que viene.